

GUILLERMO TELL Y LA TRAMPA CALVINISTA DE ROUSSEAU

Nada conmueve tanto el corazón gigante y unánime del público como ver con sus propios ojos en la escena del drama a un padre sacrificando a su hijo. ¿No horroriza acaso también a nuestra conciencia el suicidio o el parricidio? Abraham, transido de dolor, aparea el asno, manda cortar la leña y se encamina hacia uno de los montes del país de Moria para dar cumplimiento a la orden mandada por el Altísimo emperador de los Cielos. Con su cuchillo y con sus manos, el padre de los creyentes se da a sí mismo una muerte simbólica en la carne inocente de la única descendencia posible según el espíritu. ¿Es esto una prueba de fe o una broma pesada de Yahvé? ¿O quizás una sublime lección de moral divina dirigida a perturbar por todos los siglos el ocio de todos los teólogos, católicos y protestantes, de la humanidad?

Bastantes siglos, carneros, bueyes y demás otras víctimas sacrificadas realmente después de la tentativa frustrada del arameo errante se desarrolla entre las ciclópeas montañas

de los gigantes Alpes suizos un drama similar al que protagonizan en el próximo Oriente aquellos rudos beduinos de la Biblia. ¿Existió en realidad un tal Guillermo Tell que sirvió de inspiración al escritor romántico alemán? Como en la historia de Adán y Eva solamente nos interesa aquí el gusanillo de la moraleja y no la verdad de la manzana mordisqueada. Un padre, obligado por la crueldad del Gobernador imperial, debe disparar con su ballesta una flecha sobre la diminuta poma puesta en la cabeza de su hijo a cien pasos del tirador. ¡Terrible corona de espinas! A la crueldad del crimen posible se suma la angustia cierta de la incertidumbre. ¿Qué dolor es mayor? ¿La certeza de causar una muerte segura si falla el tiro o la posibilidad de arrebatarse probablemente la vida del hijo? ¡Vamos, señores, apuesten! *Rien va plus...*

El tirano señor puede disponer a su antojo de la vida y la hacienda de todos sus vasallos. Sin embargo, se contenta con dejar la existencia del hijo en la pericia y destreza de las manos del padre. El muchacho tiene una fe de carbonero en su padre, una ciega confianza capaz de mover las montañas o caminar sin miedo sobre un lago. No mueve siquiera un párpado. Ningún

músculo de su cuerpo se contrae: “Vamos, padre, dispara como sólo tú sabes hacerlo”. ¿Tendrán la misma fe el ballestero, el trapequista del circo, el lanzador de cuchillos, el cirujano con su bisturí? Cada hombre es el piloto y la tripulación, el médico y su paciente. Tenemos la vida en nuestras torpes o hábiles manos. Podemos salvarnos o condenarnos, naufragar en el escollo del pecado o llegar al puerto de salvación. Todo depende de estar seguros de nuestro arte hasta el punto de que no nos tiemble la mano. El hombre es un arquero, su vida un proyectil...

Pues bien, cambiemos ahora de cantón y pongamos rumbo con nuestro esquife de letras hacia otra orilla lingüística de un lago helvético. El tudesco Schiller, poeta en verso y teólogo aficionado, le pasa el testigo viejo al ginebrino Rousseau, poeta en prosa y acaso no menos diletante en teología reformada. En la patria de Calvino no existe ningún literato que no esté predestinado a reflexionar unos instantes siquiera sobre la idea del infierno. Y Rousseau, enemigo de los filósofos en un siglo de filosofía, no es aquí una excepción. En las “Confesiones” de aquel cínico, huraño y solitario paseante se refleja como un

arrebol el ocaso del magnífico incendio teológico que enfrentó durante siglos a los partidarios de la omnipotencia divina con los apóstoles extremistas de la libertad humana. Pero escuchemos el gruñido de la boca del mismo *ours*, para usar el retruécano empleado por el filósofo Hume para mencionar al ginebrino. ¿Qué nos dice Rousseau acerca del infierno? ¿Es pelagiano, semi-pelagiano o más bien de aquellos cuya alma es de otro pelaje? Leamos el texto:

“Preguntábame de cuando en cuando: “¿en qué estado me hallo? Si muriese en este momento ¿sería condenado?”. Según mis jansenistas no había que dudarlo, pero según mi conciencia me parecía que no. “

Habiendo leído las obras de Port-Royal el escritor suizo se había vuelto “medio jansenista”. Ahora bien, el confeso Rousseau tiene afortunadamente un confesor católico, un sabio jesuita que comparte con “mamá” Warens. Este sacerdote es un hombre bueno, dulce, sencillo y todo eso - ¡mira por dónde! - “a pesar de ser jesuita”. El hijo de san Ignacio proporciona a Rousseau la medicina necesaria para contrarrestar la influencia

perniciosa de su educación en la secta de los Arnolds y Pascales. ¿Cómo librarse de los escrúpulos morales concernientes a la ineluctable condenación en el infierno? El filósofo – si así puede llamarse a quien reniega de la razón – recurre a los medios más ridículos y “por los cuales de buena gana haría encerrar a un hombre a quien viese hacer otro tanto”. El pecador confía su salvación a un juego de azar, la cara o cruz de la moneda, el lanzamiento de una piedra sobre un blanco. “Si acierto con este guijarro a un árbol, me salvo; si fallo, me condeno...”. Con una mano más trémula y menos diestra que la de su compatriota Guillermo Tell, el “jansenista a medias” arroja la piedra sobre el árbol y... ¡Diana, estoy salvado!

Pero Rousseau ha hecho una pequeña trampa, un truco o ardid destinado a compensar su mala puntería habitual cargando los dados y haciendo fraudulenta la apuesta. ¿Puedes imaginar, amigo lector, al noble Tell cambiando la pequeña manzana en un enorme melón y relajando la dificultad de los cien pasos en la abreviatura de un palmo? Pues eso hace el pícaro ex-calvinista. El mismo Rousseau admite que no le ha sido muy difícil acertar en medio del tronco ya que ha tenido el

cuidado de elegir un árbol “cercano y muy grueso”. La salvación del hombre está siempre en sus manos si se tiene la inteligencia y astucia precisas para rebajar las exigencias morales de la salvación. No vivo, luego no peco. El jansenista camina siempre con la cara de estreñimiento como si llevara metida en el zapato una piedrecilla, es decir, según la etimología, un “escrúpulo”. Y concluye Rousseau:

“Desde entonces no he dudado más de mi salvación. No sé si al recordar este rasgo he de reírme o compadecerme a mí mismo. Felicitaos, grandes hombres, vosotros que seguramente os reís, pero no insultéis mi miseria, pues os juro que la siento perfectamente.”

Grandeza y miseria del escritor. ¿De quién se burla Rousseau? ¿De los jesuitas mundanos o de los austeros jansenistas? O, a medias, de ambos contrincantes en el ámbito de la moral. Probablemente esta cuestión no se resuelve, como la salvación de las almas, mediante el cálculo de probabilidades. Solamente el hijo de Tell confiaba absolutamente en su padre hasta el punto de decir a los incrédulos: “Os perdono porque vosotros no

conocéis la destreza y el poder de mi padre”.

Pablo Galindo Arlés
Valencia, 30 de enero de 2013